

# Testimonio y cultura

MANUEL ORIOL SALGADO

La llegada del Papa Francisco a la sede romana ha supuesto ciertamente un desafío para la comprensión del papel del cristianismo en la sociedad actual. ¿Cuál debe ser la prioridad de los cristianos en la vida pública? ¿Defender los valores cristianos y humanos, la verdad sobre el hombre y la sociedad que nace de la fe, en definitiva, sostener y difundir la cultura cristiana? ¿O más bien acoger al marginado y al diferente, ejercer la caridad, esto es, testimoniar con la propia vida y actitudes la belleza de la fe? ¿Debemos priorizar el testimonio o la cultura?

## Posturas contrapuestas

La respuesta rápida es que estas dos dimensiones no son incompatibles. Sin embargo, cuando descendemos a lo concreto observamos que las prioridades marcan diferencias. Un ejemplo paradigmático de esto es la polémica a partir de la respuesta que a su vuelta del viaje a la JMJ de Río dio el Papa Francisco a una periodista sobre la homosexualidad: “¿Quién soy yo para juzgar?”<sup>2</sup>. Esta respuesta se interpretó, por propios y extraños, por entusiasmados y escandalizados, como una renuncia de la Iglesia a la valoración moral, en este caso de la homosexualidad.

---

1 Entiendo la cultura en esta contribución, siguiendo a Guardini, como “todo lo que el hombre crea y es en su encuentro vivo con la realidad que le rodea” (GUARDINI, R. “Persona e libertà. Saggi di fondazione della teoria pedagogica”. Brescia: La Scuola, 1987, p. 50, cit. en CARRÓN, J. *La belleza desarmada*. Madrid: Encuentro, 2016, pp. 144-145). Con “cultura cristiana” nos referimos, por tanto, a los juicios sobre la realidad que nacen de la fe, que incluyen la ética, la política, el arte, la educación, la historia, la ciencia, etc. En este sentido, la cultura es pública; cfr. PRADES LÓPEZ, J.M. *Dar testimonio. La presencia de los cristianos en la sociedad plural*. Madrid: BAC, 2015, p. 46: “Cuando se produce esa inevitable ‘traducción cultural’, la fe adquiere una interpretación pública y conserva su capacidad de transmisión viva, de construcción social y de juicio creyente sobre la realidad social”.

2 FRANCISCO. Conferencia de prensa del Santo Padre Francisco durante el vuelo de regreso a Roma, 28 de julio de 2013.

Lo que está en cuestión en este y otros posibles ejemplos es cuál debe ser la tarea del cristianismo en el mundo actual. En esta contribución quiero reflexionar acerca de esta cuestión, a partir de las diferentes actitudes de los cristianos ante este “nuevo posicionamiento” de la Iglesia.

En efecto, para muchos cristianos, con actitudes como esta la Iglesia está renunciando a su misión profética. Por miedo o, lo que sería peor, por convicción o (aún peor) por impiedad, se busca simplemente agradar al mundo, pensando que la contemporalización puede detener, o al menos frenar, el éxodo de los cristianos hacia un mundo cada vez más “vencedor”. Pero con ello, aunque las intenciones sean buenas (“buenistas”, dicen), no se hace sino secularizar cada vez más la Iglesia, relegándola a comparsa del mundo y en último término a la irrelevancia. Lo que, en cambio, los cristianos deberían hacer es defender personal y socialmente los valores cristianos, que son los auténticos valores humanos<sup>3</sup>.

Para otros, esta postura abierta supera por fin el lastre de una Iglesia encerrada en sus propios esquemas, encastillada en tradiciones y rigorismos que han impedido encontrar al hombre moderno, sepultando el cristianismo auténtico bajo una losa de condenas morales y dogmas incomprensibles. La cultura cristiana sería una acumulación de estos juicios, que no tendría otro resultado que impedir, o en todo caso dificultar, el testimonio de la belleza y originalidad del cristianismo<sup>4</sup>.

Los primeros encuentran en el pontificado de Benedicto XVI, con su capacidad intelectual de poner de manifiesto los límites de la cultura postsecular y la pertinencia del cristianismo para superar esos límites, su referencia fundamental. La etapa de Francisco es para ellos, como mínimo, un paso atrás en la batalla que la Iglesia debe librar. Los segundos, en cambio, ven el pontificado de Francisco con alivio y esperanza, como la superación de una etapa inculpativa y políticamente escorada de la Iglesia hacia el mundo para recuperar un cristianismo más auténtico y comprometido. Unos y otros coinciden en la ruptura entre los dos pontificados, contraponiendo el “papa de la cultura” y el “papa del testimonio”.

Esta contraposición se reconoce fácilmente cuando bajamos a ejemplos concretos. Y quizá el más claro es la bioética y la ideología de género:

3 Cfr. PRADES LÓPEZ, J.M. *Dar testimonio. La presencia de los cristianos en la sociedad plural*. Madrid: BAC, 2015, p. 46: “Se trataría de identificar la actuación pública del cristianismo con la defensa y promoción de valores éticos que sostengan una sociedad cada vez más vacilante”.

4 Cfr. PRADES LÓPEZ, J.M. *Dar testimonio. La presencia de los cristianos en la sociedad plural*. Madrid: BAC, 2015, p. 46: “Se trata del convencimiento de que la fuerza del anuncio cristiano se concentra en la predicación, por así decir, desnuda del misterio de la Cruz. [...] Se descarta la insistencia en los aspectos éticos, ya sean de la persona o la sociedad, para enfatizar la fuerza paradójica de un mensaje cristiano que se ofrece de modo oculto a los ojos de este mundo”.

¿Debemos los cristianos seguir insistiendo en estos temas (aborto, eutanasia, matrimonio homosexual...)? Para algunos, esta es la principal tarea del cristianismo frente al mundo, ser el baluarte de los valores cristianos, esto es, verdaderamente humanos. Para otros, esta insistencia no hace sino dificultar la aproximación a los hombres de hoy, tan alejados de esos valores. Esta postura es para los primeros una claudicación, que roza el relativismo. Aquella es para los segundos una imposición, incompatible con la caridad.

Pero no es este el único campo en el que se puede reconocer estos divergentes planteamientos. También se observa en la actitud que el cristiano debe asumir ante la pluralidad de culturas que caracteriza cada vez más nuestro mundo. Las dos posturas vistas enfatizan respectivamente la identidad y el diálogo. Para los primeros, el diálogo debilita la propia identidad. Para los segundos, la identidad entorpece el diálogo.

Otras dicotomías, que no tenemos espacio de desarrollar aquí, reflejan también las actitudes que hemos tratado de identificar. Así, por ejemplo, la contraposición que a veces se establece entre verdad y caridad, doctrina y vida, moral y misericordia, o incluso, desde el punto de vista de la formación cristiana, entre catequesis y kerigma. Todas ellas pueden sintetizarse en los términos en que hemos planteado aquí el problema: testimonio y cultura.

### **Fórmulas de solución insuficientes**

La mayoría de los que leen esto no se identificarán con ninguna de estas dos posturas (también porque las hemos caracterizado, en aras de la claridad expositiva, de forma extrema), entendiendo que el cristianismo es ambas cosas. Ahora bien, ¿cómo hay que concebir la relación entre las dimensiones del testimonio y de la cultura? Caben diferentes respuestas.

Una manera, digamos “ecléctica” y superficial, de resolver la cuestión es como una mera yuxtaposición: hay que tener en cuenta ambas dimensiones, y mantener un equilibrio entre ellas. Pero esta solución, desde el punto de vista teórico, no llega al fondo del problema, no descubre la dependencia intrínseca entre ambas. Y, desde el punto de vista práctico, no sirve de criterio para afrontar las opciones concretas como las que hemos señalado.

Otro intento de solución consiste en priorizar *ad intra* la cultura, y *ad extra* el testimonio. La renuncia a juzgar sería una estrategia de convencimiento, necesaria en determinados contextos históricos, y provisional hasta que el interlocutor sea capaz de asimilar la verdad. Con ello, sin embargo, se

diluye la importancia del testimonio, reducido a “mal necesario”, y se sigue en cambio concibiendo el cristianismo “auténtico” como una cultura.

Otra fórmula de solución, más elaborada, consiste en la distinción entre las personas y las ideas. El testimonio, la caridad, tendrían como objeto las primeras, mientras que la cultura, el juicio, se dirigiría a las segundas. “A las personas se les debe respeto, a las ideas no”, sería la receta común que permitiría resolver las dificultades. El problema de esta solución es que no responde a la unidad de la persona, ni tampoco a la universalidad de testimonio y cultura. La verdad cuenta en el trato con las personas, y la caridad también en el trato con las ideas.

En definitiva, no se trata de encontrar un equilibrio entre ambas posturas, sino de descubrir que ambas dimensiones son inseparables<sup>5</sup>. Aunque, como veremos, no equivalentes. Pero para ello es necesario partir de algo previo que mantiene unidos los dos polos.

## El cristianismo como acontecimiento

En efecto, para superar tanto las disyuntivas contrapuestas como las soluciones insuficientes, es necesario partir de la naturaleza del cristianismo como acontecimiento, a la vez histórico y sobrenatural: “Hemos creído en el amor de Dios: así puede expresar el cristiano la opción fundamental de su vida. No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva”<sup>6</sup>.

Este acontecimiento es en primer lugar el hecho histórico de la Encarnación, vida, muerte y Resurrección de Jesús de Nazaret, narrado en el Evangelio. En él leemos que Cristo dijo cosas duras, correctivas y a veces incomprensibles a sus discípulos. Pero siempre en el ámbito de un afecto y con una finalidad pedagógica. Zaqueo, la samaritana, la adúltera, etc. recibieron el juicio “cultural” de Jesucristo, pero en todos aquellos episodios hay siempre

5 Cfr. PRADES LÓPEZ, J.M. *Dar testimonio. La presencia de los cristianos en la sociedad plural*. Madrid: BAC, 2015, pp. 185-186: “A nuestro juicio, lo resolutivo no es yuxtaponer un momento ‘existencial’ (pastoral, vida, santidad, obras, experiencia...) y un momento ‘intelectual’ (doctrina, verdad, teoría, predicación), incluso cuando se afirma que ambos son necesarios. De este modo se logra advertir sin duda sobre el peligro de disociar o contraponer ambas dimensiones, tan frecuentes en nuestro mundo cultural y en no pocas posturas dentro de la Iglesia. Sin embargo, la respuesta completa se da cuando se muestra la profunda unidad entre la verdad que se alcanza mediante el conocimiento y la vida, entre el conocimiento y la totalidad de la persona”.

6 BENEDICTO XVI. *Deus Caritas est*, 1. Cfr. también Francisco, Homilía de la misa en Santa Marta, 8 de abril de 2014: “El cristianismo no es una doctrina filosófica, no es un programa de vida para sobrevivir, para ser educados, para hacer las paces. Esas son las consecuencias. El Cristianismo es una persona”.

algo previo que les permite abrir los ojos y los oídos, que predispone a una apertura<sup>7</sup>. La cultura se ofrece dentro del terreno abonado del testimonio.

Cristo no teorizó sobre la dignidad de la persona. Ni tampoco lo hicieron los primeros cristianos. Pero el primero, y los segundos secundándole, por medio de sus actos dio testimonio de esa dignidad de todo ser humano. Fue más tarde cuando los cristianos comenzaron a teorizar a partir de ese testimonio que toda persona posee dignidad. El peligro está en desvincular esa teoría del acontecimiento histórico que la hizo posible, y del testimonio que nos la ha permitido conocer.

Tal como señala el comienzo de *Deus Caritas est* citado, este mismo acontecimiento sigue sucediendo en el presente, en la historia personal de cada cristiano. En este sentido, tiene un reflejo en la experiencia individual. En primer lugar, en efecto, cada cristiano ha sido objeto de testimonio, de un acontecimiento que refleja el Acontecimiento inicial. Sin testimonio, que suscita una adhesión razonable y libre, no hay transmisión del cristianismo. Pero, al mismo tiempo, ese testimonio recibido incluye una novedad de juicio sobre el mundo, una apertura de horizontes, una clarividencia que rompe los esquemas consabidos; en suma, una tensión cultural.

En segundo lugar, cada cristiano está llamado a ser no solo objeto, sino sujeto de testimonio. Y, en cuanto tal, también debe priorizar la caridad, pero sin renunciar a la verdad, sino como una dimensión ineludible de lo primero. De ello se sigue el respeto a la libertad de conciencia<sup>8</sup>, que sin embargo no es verdaderamente tal si no se conjuga con una propuesta cultural totalizante y pública<sup>9</sup>.

## La dependencia genética de la cultura respecto del testimonio

De este modo, desde la concepción del cristianismo como acontecimiento se comprende, en primer lugar, que la cultura cristiana no es verdaderamente tal si no parte de la novedad del cristianismo, de una Presencia viva hoy, comunicada por medio del testimonio. Pero, en segundo lugar, el testimonio no es

7 Cfr. FRANCISCO. *Evangelii gaudium*, 42: "Todo adoctrinamiento ha de situarse en la actitud evangelizadora que despierte la adhesión del corazón con la cercanía, el amor y el testimonio".

8 Cfr. FRANCISCO. *Lumen fidei*, 34: "La fe no es intransigente, sino que crece en la convivencia que respeta al otro. El creyente no es arrogante; al contrario, la verdad le hace humilde, sabiendo que, más que poseerla él, es ella la que le abraza y le posee. En lugar de hacernos intolerantes, la seguridad de la fe nos pone en camino y hace posible el testimonio y el diálogo con todos".

9 Cfr. BENEDICTO XVI. *Caritas in veritate*, 56: "La religión cristiana y las otras religiones pueden contribuir al desarrollo solamente si Dios tiene un lugar en la esfera pública, con específica referencia a la dimensión cultural, social, económica y, en particular, política [...]. La exclusión de la religión del ámbito público, así como el fundamentalismo religioso por otro lado, impiden el encuentro entre las personas y su colaboración para el progreso de la humanidad".

completo si no incluye un juicio. La belleza del cristianismo pasa también por un horizonte amplio, una catolicidad de la mirada, una novedad de criterio cultural. Son consecuencias, pero que forman parte integrante del testimonio.

En conclusión, no se trata de encontrar un equilibrio entre las dos posturas, sino de descubrir que ambas dimensiones son inseparables, pues no hay testimonio que no exprese una cultura, una determinada visión del mundo, y a la vez no hay cultura que no transmita una vida, una experiencia vital. Esta inseparabilidad, con todo, no implica una equivalencia: el testimonio precede a la cultura, aunque no haya testimonio completo sin cultura. Existe un “orden genético”<sup>10</sup> entre testimonio y cultura.

## La prioridad del testimonio

En este sentido, el testimonio es prioritario. Solo si nace de la fe, esto es, del reconocimiento del acontecimiento de Jesucristo vivo, comunicado gracias a los testigos, la cultura puede considerarse con propiedad cristiana<sup>11</sup>.

Anquilosarse en formas recibidas dificulta el diálogo y el encuentro que aquellas mismas formas posibilitaron en su momento, convirtiendo el cristianismo en una ideología más, incapaz de dar respuesta a los hombres de nuestro tiempo. Los cristianos no pueden limitarse, desde este punto de vista, a “criticar” la sociedad actual o a defender los valores y la cultura cristiana. Ello sería, en primer lugar, poco acorde con la actitud que el mismo Jesús muestra en el Evangelio<sup>12</sup>. Además, esta actitud revela una debilidad e inmadurez de la experiencia cristiana, reducida a moralismo<sup>13</sup> o activismo<sup>14</sup>.

10 La expresión está tomada (referida a la relación entre acontecimiento y ley) de CARRÓN, J. *La belleza desarmada*. Madrid: Encuentro, 2016, p. 42.

11 Cfr. BENEDICTO XVI. “Homilía en el Terreiro do Paço”, Lisboa, 11 de mayo de 2010: “Con frecuencia nos preocupamos afanosamente por las consecuencias sociales, culturales y políticas de la fe, dando por descontado que hay fe, lo cual, lamentablemente, es cada vez menos realista. Se ha puesto una confianza tal vez excesiva en las estructuras y en los programas eclesiales, en la distribución de poderes y funciones, pero ¿qué pasaría si la sal se volviera insípida?”.

12 Cfr. PÉGUY, Ch. *Verónica. Diálogo de la historia y el alma carnal*. Granada: Nuevo Inicio, 2009: “Este mundo moderno no es solamente un mundo de mal cristianismo, sino un mundo incrístico, des-cristianizado. El desastre, precisamente, es que nuestras miserias ya no son cristianas. También eran malos los tiempos bajo los romanos. Pero vino Jesús. Y no perdió sus años en gemir e interperlar la maldad de la época. Él zanjó la cuestión. De manera muy sencilla. Haciendo el cristianismo. El salvó. No inculminó al mundo. Lo salvó”.

13 Cfr. SAN AGUSTÍN. *Contra Iulianum Opus Imperfectum*: “Este es el horrendo y oculto veneno de vuestro error: que pretendéis hacer que la gracia de Cristo consista en su ejemplo y no en el don de su Persona”. Cfr. también CARRÓN, J. *La belleza desarmada*. Madrid: Encuentro, 2016, p. 43: “Este cambio entre antecedente y consecuente pone de manifiesto la deriva ‘pelagiana’ de una parte del cristianismo de hoy en día, la promoción de un cristianismo ‘cristianista’, privado de la Gracia”.

14 Cfr. CARRÓN, J. *La belleza desarmada*. Madrid: Encuentro, 2016, p. 287: “¿Por qué tenemos la tentación de sustituir la fe –la presencia– por un proyecto? Porque pensamos que la fe, la co-

Pero eso no significa que se puedan despreciar los intentos de pensar y formular la doctrina y la moral, ni los tesoros de la tradición. Es más, esos intentos y esas fórmulas son consecuencias, más o menos logradas, de la madurez de la vida cristiana. Pero no se debe perder de perspectiva que son intentos, y en esa medida nunca definitivos y cerrados, nunca sustitutivos de la vida que les da origen, del encuentro con Cristo presente en el presente, a través de sus testigos.

Esta “secundariedad” de la cultura respecto del testimonio libera al trabajo cultural del riesgo de autorreferencialidad, de absolutización de la propia opinión y por tanto de desconexión del juicio respecto de la fe, de autonomía de la razón respecto de la experiencia, de adopción de criterios mundanos con justificación religiosa. Es la parábola del pensamiento occidental, en el que al intento ilustrado de mantener el contenido cultural y moral del cristianismo desgajado de su raíz, le acaba siguiendo un desmoronamiento de esa misma cultura. Sin raíz, las hojas aguantan un cierto tiempo verdes, pero acaban pudriéndose.

## **La cultura testimonial**

El riesgo contrario consiste en negar las consecuencias culturales del testimonio, reduciendo el cristianismo a mero emotivismo o espiritualismo, y rechazando la relevancia pública y cultural (política, económica, artística, etc.) de la fe. Pero con ello el testimonio cristiano pierde parte de su fuerza de transformación de la realidad, que es parte constitutiva de su atractivo. Benedicto XVI lo afirmó con una certera fórmula: “La contribución de los cristianos sólo es decisiva si la inteligencia de la fe se convierte en inteligencia de la realidad”<sup>15</sup>. Y San Juan Pablo II lo afirmó al comienzo de su pontificado: “La síntesis entre cultura y fe no es solo una exigencia de la cultura, sino también de la fe [...]. Una fe que no se hace cultura es una fe no plenamente acogida, no totalmente pensada, no fielmente vivida”<sup>16</sup>.

---

munidad cristiana como presencia, no es suficientemente incidente, no es capaz de cambiar la realidad. En definitiva, a la fe le faltaría algo para ser concreta, y pensamos que tenemos que añadir algo, no como expresión de lo que somos, sino como remedio a un déficit que pertenecería a su naturaleza (como si a Jesús le faltase algo y hubiera que añadir algo al testimonio que da de sí mismo)”.

15 BENEDICTO XVI. Discurso a los participantes en la XXIV Asamblea plenaria del Consejo Pontificio para los Laicos, 21 de mayo de 2010.

16 SAN JUAN PABLO II. Discurso a los participantes en el Congreso Nacional del Movimiento eclesial de compromiso cultural, 16 de enero de 1982.

De la prioridad de la categoría de acontecimiento y del testimonio que lo comunica, se sigue que cristianismo no se reduce a ninguna filosofía<sup>17</sup>, ni a ninguna doctrina<sup>18</sup>, ni a ninguna forma política<sup>19</sup>, ni a ninguna forma artística<sup>20</sup>, etc. Ni se identifica con ninguna de ellas. Es decir, no se reduce ni se identifica con ninguna cultura.

Ahora bien: históricamente, el cristianismo se ha traducido en diferentes formas culturales que han tratado de plasmar, con mayor o menor acierto, la originalidad cristiana, siempre valorando los aspectos verdaderos de otras culturas con las que convive<sup>21</sup>. Esas formas son el modo concreto en que el cristianismo nos ha alcanzado, y en esa medida tienen un valor propio no sustituible. Es el valor de la tradición (o mejor, de las tradiciones de cada inculturación del cristianismo).

Con un ejemplo: el cristianismo era cristianismo aun antes de rechazar la esclavitud. En este sentido, tal rechazo es consecuencia del cristianismo, y no un elemento esencial a él. Pero el rechazo de la esclavitud es una consecuencia que traduce adecuadamente la consideración cristiana (esta sí esencial) de la dignidad de todo ser humano como imagen de Dios.

Por otro lado, si bien esta traducción no es necesaria en ninguna de sus formas, sí lo es la tensión a traducir. En este sentido, no es posible un cristianismo a-histórico, des-encarnado, des-contextualizado, “puro”. Y no todas las traducciones son equivalentes: las hay más completas y más parciales, más actuales y más “pasadas”, más tradicionales y más novedosas, más fieles al Evangelio y menos.

La vida cristiana es así una lucha, una carrera (por usar el símil paulino), una tensión por esta traducción. Con la peculiaridad de que “ya he-

---

17 Cfr. SAN JUAN PABLO II. *Fides et Ratio*, 49: “La Iglesia no propone una filosofía propia ni canoniza una filosofía en particular con menoscabo de otras”.

18 Cfr. SAN JUAN PABLO II. Saludo a los participantes del encuentro del movimiento “Cursillos de Cristiandad”, 30 de julio de 2000: “El cristianismo, por tanto, no puede ser reducido a doctrina, ni a simples principios, pues Cristo, centro del cristianismo, está vivo y su presencia constituye el acontecimiento que renueva constantemente a las criaturas humanas y al cosmos”. Por lo demás, esta es una consecuencia de las tesis que expone J.H. Newman en su *El desenvolvimiento del dogma*.

19 Cfr. Por ejemplo *Gaudium et Spes*, 76.

20 Cfr. SAN JUAN PABLO II. “Carta a los artistas”.

21 Es la “cultura del encuentro” que promueve el Papa Francisco. Cfr. MARTÍNEZ, Julio L. “Volver a casa por Navidad”, *ABC*, 22 de diciembre de 2016: “La cultura del encuentro no comporta solo que entre la fe y la cultura haya de propiciarse el encuentro, sino que la fe solo se hace cultura si esta es, en sí misma, cultura que abraza toda cultura, cultura que sirve al encuentro entre personas y que busca el encuentro entre todas las tradiciones y expresiones culturales y sociales, para asumir lo noble y justo de ellas y denunciar lo humanamente indigno. [...] La fe cristiana se hace necesariamente cultura concreta y alienta el encuentro entre culturas, pero nunca es absorbida por ninguna de ellas, ni siquiera por aquellas que le han proporcionado categorías y conceptos para comprenderse y expresarse”.

mos sido alcanzados”, es decir, que nuestra traducción no es la palabra definitiva. El testigo cristiano lo es de una realidad que le supera. Y en cuanto tal trata de realizar en formas culturales humanas, siempre provisionales, esa grandeza.